



Documento de base sobre el Dominio de la doctrina

Documento de base sobre el **Dominio de la doctrina**

Publicado por
La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días
Salt Lake City, Utah.

Se agradece el envío de comentarios y correcciones. Tenga a bien mandarlos a:

Seminaries and Institutes of Religion Curriculum Services
50 East North Temple Street
Salt Lake City, Utah 84150-0008
USA

Correo electrónico: cesmanuals@ldschurch.org

Sírvase anotar su nombre completo, dirección, barrio o rama y estaca o distrito.
Asegúrese de indicar el título del manual cuando haga sus comentarios.

© 2018 por Intellectual Reserve, Inc.

Todos los derechos reservados

Impreso en los Estados Unidos de América

Versión 2, 3/18

Aprobación del inglés: 6/17

Aprobación de la traducción: 6/17

Traducción de *Doctrinal Mastery Core Document*

Spanish

PD60004399 002

Índice de temas

Introducción al Dominio de la doctrina	1
Adquirir conocimiento espiritual	3
Temas doctrinales	6
1. La Trinidad	7
2. El Plan de Salvación	9
3. La expiación de Jesucristo	12
4. La Restauración	14
5. Los profetas y la revelación	16
6. El sacerdocio y las llaves del sacerdocio	17
7. Las ordenanzas y los convenios	19
8. El matrimonio y la familia	21
9. Los mandamientos.	22
Pasajes del Dominio de la doctrina	23
Pasajes del Dominio de la doctrina por tema y por curso	24
Pasajes del Dominio de la doctrina y frases clave.	25

Introducción al Dominio de la doctrina



En el Libro de Mormón, el profeta Helamán enseñó a sus hijos: “Es sobre la roca de nuestro Redentor, el cual es Cristo, el Hijo de Dios, donde debéis establecer vuestro fundamento” (Helamán 5:12). Establecer un fundamento sobre Jesucristo —lo cual abarca llegar a entender, creer y vivir de acuerdo con Su doctrina— aumentará nuestra conversión y nuestro compromiso como Sus discípulos, nos protegerá contra las influencias del adversario y nos ayudará a bendecir la vida de otras personas.

Una de las maneras de lograrlo es mediante el estudio de las Escrituras en orden secuencial y juntos, en la clase. Otra forma en que establecemos nuestro fundamento sobre Jesucristo y Su doctrina es mediante una actividad que denominamos Dominio de la doctrina.

El Dominio de la doctrina se centra en dos fines:

1. Aprender y poner en práctica principios divinos para adquirir conocimiento espiritual

El Padre Celestial ha revelado los principios para lograr conocimiento espiritual. Esos principios incluyen actuar con fe, analizar los conceptos y las preguntas con una perspectiva eterna, y procurar una mayor comprensión a través de las fuentes divinamente señaladas. Adquirimos el dominio de la doctrina a medida que ponemos en práctica estos principios durante la clase y fuera de ella, y buscamos respuestas a preguntas sobre la historia y la doctrina de un modo que invite al Espíritu Santo a fortalecer nuestra fe en Jesucristo y en Su doctrina.

2. Conocer a fondo la doctrina del evangelio de Jesucristo y los pasajes de las Escrituras en los que se enseña tal doctrina

Este resultado del Dominio de la doctrina se logra al:

- a. Adquirir una comprensión más profunda de cada uno de los siguientes temas doctrinales:
 - La Trinidad
 - El Plan de Salvación
 - La expiación de Jesucristo

- La Restauración
 - Los profetas y la revelación
 - El sacerdocio y las llaves del sacerdocio
 - Las ordenanzas y los convenios
 - El matrimonio y la familia
 - Los mandamientos
- b. Comprender las declaraciones clave de doctrina que se encuentran en el apartado “Adquirir conocimiento espiritual” de este documento y en cada uno de los nueve temas doctrinales.
- c. Saber cómo se enseñan las declaraciones clave de doctrina en los pasajes de las Escrituras del
- Dominio de la doctrina, y poder recordar y saber dónde están esos pasajes.
- d. Explicar cada declaración clave de doctrina con claridad, haciendo uso de los pasajes relacionados del Dominio de la doctrina.
- e. Aplicar la doctrina del evangelio de Jesucristo en nuestras decisiones diarias y responder a cuestiones y preguntas de carácter doctrinal, social e histórico.

Adquirir conocimiento espiritual



Dios es la fuente de toda verdad

1. Dios sabe todas las cosas y es la fuente de toda verdad (véase Mosías 4:9). Debido a que nuestro Padre Celestial nos ama y desea que progreseemos hasta llegar a ser como Él, nos ha instado a “[buscar] conocimiento, tanto por el estudio como por la fe” (D. y C. 88:118). En nuestra búsqueda de la verdad, podemos confiar en Él por completo, dependiendo de Su sabiduría, Su amor y Su poder para enseñarnos y bendecirnos. Si buscamos diligentemente a Dios, Él ha prometido revelar la verdad a nuestra mente y nuestro corazón por medio del Espíritu Santo (véase D. y C. 8:2–3).

2. Para ayudarnos, el Padre Celestial nos ha enseñado la manera de adquirir conocimiento espiritual. Él ha establecido las condiciones que hemos de cumplir a fin de obtener tal conocimiento. Su modelo divinamente ordenado requiere que tengamos el deseo sincero de

conocer la verdad (véase Moroni 10:4–5) y que estemos dispuestos a vivir conforme a lo que Dios ha revelado (véase Juan 7:17). Nuestro deseo sincero nos conducirá a buscar la verdad mediante la oración (véanse Santiago 1:5–6; 2 Nefi 32:8–9) y a estudiar diligentemente la palabra de Dios (véanse 2 Timoteo 3:15–17; 2 Nefi 32:3).

Plantear preguntas y buscar respuestas

3. A veces puede que hallemos nueva información o surjan preguntas en cuanto a la doctrina, las prácticas o la historia de la Iglesia que parezcan difíciles de comprender. Plantear preguntas y buscar respuestas es una parte crucial de nuestro empeño por aprender la verdad. Es posible que algunas de las preguntas que tengamos sean inspiradas por el Espíritu Santo. Las preguntas inspiradas deben considerarse dones de Dios que nos brindan la oportunidad de aumentar

nuestro entendimiento y fortalecer nuestra certeza de que el Señor está dispuesto a enseñarnos. Sea cual fuere el origen de nuestras preguntas, se nos ha bendecido con la capacidad de pensar y razonar, y de que la influencia del Señor nos expanda la mente y aumente nuestro entendimiento. Nuestra actitud e intención al hacer preguntas y procurar respuestas influirán en gran manera en nuestra capacidad de aprender por medio del Espíritu Santo.

4. Los tres principios que se dan a continuación pueden guiarnos a medida que procuramos aprender y comprender la verdad eterna y resolver preguntas o inquietudes:

- Actuar con fe.
- Analizar los conceptos y las preguntas con una perspectiva eterna.
- Procurar una mayor comprensión mediante las fuentes divinamente señaladas.

Principio 1: Actuar con fe

5. Actuamos con fe cuando decidimos confiar en Dios y acudir primeramente a Él mediante la oración sincera, el estudio de Sus enseñanzas y la obediencia a Sus mandamientos.

6. Al esforzarnos por aumentar nuestro entendimiento y resolver nuestras dudas, es importante que confiemos en el testimonio que ya tenemos de Jesucristo, de la restauración de Su evangelio y de las enseñanzas de Sus profetas ordenados. El élder Jeffrey R. Holland, del Cuórum de los Doce Apóstoles, enseñó: “Cuando lleguen esos momentos y surjan los problemas, y la resolución de esos problemas no sea inmediata, *aférrense al conocimiento que ya tienen y manténganse firmes hasta que reciban más conocimiento*” (“Creo”, *Liahona*, mayo de 2013, pág. 94). El Señor mismo nos ha extendido la siguiente invitación: “Mirad hacia mí en todo pensamiento; no dudéis; no temáis” (D. y C. 6:36).

7. En los momentos en que quizás no hallemos respuestas a nuestras preguntas de inmediato, resulta útil recordar que, aunque el Padre Celestial ha revelado todo lo que es necesario para nuestra salvación, aún no ha revelado todas las verdades. Al continuar en busca de respuestas, debemos vivir por la fe, confiando en que con el tiempo recibiremos las respuestas que procuramos (véanse Proverbios 3:5–6; Éter 12:6).

Conforme seamos fieles a la verdad y la luz que ya hemos recibido, recibiremos más. Las respuestas a nuestras preguntas y oraciones a menudo llegan “línea por línea, precepto por precepto” (2 Nefi 28:30).

Principio 2: Analizar los conceptos y las preguntas con una perspectiva eterna

8. A fin de analizar conceptos doctrinales, preguntas y cuestiones sociales con una perspectiva eterna, los consideramos en el contexto del Plan de Salvación y de las enseñanzas del Salvador. Procuramos la ayuda del Espíritu Santo a fin de ver las cosas como el Señor las ve (véase 1 Corintios 2:5, 9–11); eso nos permite reformular la pregunta (para verla de manera diferente) y percibir ideas basándonos en la norma del Señor concerniente a la verdad, en vez de aceptar las premisas o suposiciones del mundo. Podemos hacerlo al plantear preguntas como: “¿Qué cosas sé ya sobre el Padre Celestial, Su plan y cómo se relaciona Él con Sus hijos?” o “¿Qué enseñanzas del Evangelio se relacionan con este concepto o inquietud, o lo aclaran?”.

9. Incluso las preguntas que se relacionan con los acontecimientos históricos podrían tener que analizarse desde una perspectiva eterna. Al mantenernos aferrados a nuestra confianza en nuestro Padre Celestial y Su plan de salvación, podemos ver las cuestiones más claramente. También podría ser de ayuda analizar las preguntas históricas en el contexto histórico adecuado considerando la cultura y las normas de la época en vez de imponer las perspectivas y actitudes actuales.

10. Es importante recordar que los detalles históricos no poseen el poder salvador de las ordenanzas, los convenios y la doctrina. Distraerse por los detalles menores a riesgo de no entender el milagro de la Restauración que se revela ante nosotros es como pasar tiempo analizando la envoltura de un obsequio y no prestar atención a lo maravilloso del obsequio en sí.

Principio 3: Procurar una mayor comprensión mediante las fuentes divinamente señaladas

11. Como parte del proceso designado por el Señor para obtener conocimiento espiritual, Él ha establecido las fuentes mediante las cuales revela la verdad y brinda guía a Sus hijos. Tales fuentes incluyen la luz de Cristo, el Espíritu Santo, las Escrituras, los padres y los líderes de la Iglesia. La Primera Presidencia y el Cuórum de los Doce Apóstoles —los profetas del Señor sobre la tierra hoy en día— son una fuente crucial de verdad. El Señor ha escogido y ordenado a esas personas para hablar en Su nombre.

12. También podemos aprender la verdad por medio de otras fuentes fiables; sin embargo, quienes buscan sinceramente la verdad deben cuidarse de las fuentes de información que nos son confiables. Vivimos en una época en que muchas personas “a lo malo llaman bueno, y a lo bueno, malo” (Isaías 5:20). Satanás es el padre de las mentiras y procura tergiversar la verdad y persuadirnos a apartarnos del Señor y Sus siervos designados. Al volvernos a las fuentes divinamente señaladas por el Señor para recibir respuestas y guía, podemos ser bendecidos a fin de discernir entre la verdad y el error. Aprender a reconocer y evitar las fuentes no confiables puede protegernos de la información errónea y de quienes procuran destruir la fe.

Ayudar a otras personas a adquirir conocimiento espiritual

13. Cuando otras personas acuden a nosotros y nos hacen preguntas o investigan la doctrina, las prácticas o la historia de la Iglesia, ¿cuál sería la mejor manera de ayudarlas en su búsqueda de la verdad?. Las siguientes son algunas de las formas en que podemos ayudarlas:

14. *Escuchar atentamente y con espíritu de oración:*

Escuchen con atención antes de responder, procurando aclarar y entender las preguntas que realmente estén haciendo. Procuren seriamente comprender la verdadera intención de las preguntas, los sentimientos y las creencias.

15. *Enseñar y testificar de las verdades del Evangelio:*

Compartan enseñanzas de las Escrituras y de los profetas modernos que sean pertinentes y el modo en que estas han marcado una diferencia en su vida. Ayuden a las personas con quienes hablen a analizar o replantear sus preguntas en el contexto del Evangelio y del Plan de Salvación.

16. *Invitarlos a actuar con fe:* Recuerden que el Señor requiere que busquemos conocimiento espiritual por nosotros mismos. Por lo tanto, debemos invitar a otras personas a actuar con fe mediante la oración, la obediencia a los mandamientos y el estudio diligente de la palabra de Dios empleando las fuentes divinamente señaladas, en particular, el Libro de Mormón. Si correspondiera, invítenlos a recordar las experiencias que pudiesen haber tenido en que hayan sentido el Espíritu Santo y a aferrarse a las verdades eternas que han aprendido hasta recibir más conocimiento.

17. *Cumplir con lo prometido:* Ofrézcanse a buscar respuestas y luego compartan lo que hayan averiguado. También podrían buscar juntos las respuestas. Expresen confianza en la promesa del Señor de que brindará revelación personal.

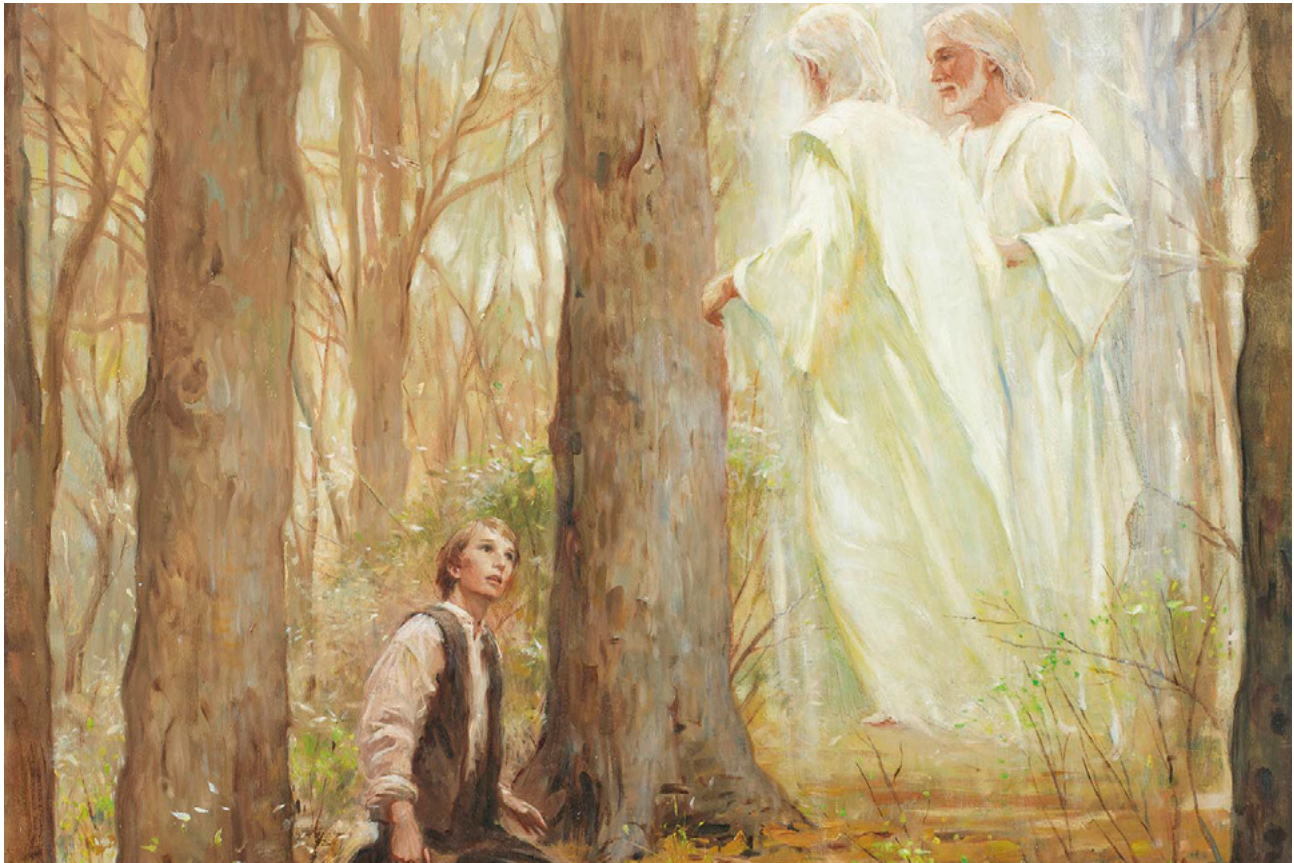
Pasajes de las Escrituras relacionados: Jeremías 1:4–5; Amós 3:7; Mateo 5:14–16; Mateo 16:15–19; Juan 15:16; Juan 17:3; Efesios 2:19–20; Efesios 4:11–14; 2 Nefi 2:27; Mosías 18:8–10; 3 Nefi 18:15, 20–21; D. y C. 1:37–38; D. y C. 18:15–16; D. y C. 21:4–6; D. y C. 88:118.

Temas doctrinales relacionados: La Trinidad; El Espíritu Santo; La expiación de Jesucristo; La fe en Jesucristo; Los profetas y la revelación; Los mandamientos.

Temas doctrinales

Los nueve temas doctrinales que aparecen a continuación incluyen verdades fundamentales del evangelio de Jesucristo. Para obtener más información sobre estos temas, visita topics.lds.org o *Leales a la fe: Una Referencia del Evangelio*, 2004.

1. La Trinidad



1.1. La Trinidad se compone de tres seres distintos: Dios, el Eterno Padre; Su Hijo Jesucristo; y el Espíritu Santo. El Padre y el Hijo tienen cuerpos tangibles y glorificados de carne y hueso, y el Espíritu Santo es un personaje de espíritu (véase D. y C. 130:22–23). Ellos son uno en propósito y están perfectamente unidos a fin de llevar a cabo el plan de salvación del Padre Celestial.

Pasajes de las Escrituras relacionados: Génesis 1:26–27; Lucas 24:36–39; José Smith—Historia 1:15–20.

Dios el Padre

1.2. Dios el Padre es el Ser Supremo a quien adoramos y es el Padre de nuestro espíritu (véase Hebreos 12:9). Es perfecto, tiene todo poder y sabe todas las cosas. También es justo, misericordioso y bondadoso. Dios ama a cada uno de Sus hijos con un amor perfecto, y todos son iguales ante Él (véase 2 Nefi 26:33). Su obra y Su gloria es llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre.

Pasajes de las Escrituras relacionados: Juan 17:3; Mosíah 4:9; Moisés 1:39.

Jesucristo

1.3. Jesucristo es el Primogénito del Padre en el espíritu y el Unigénito del Padre en la carne. Bajo la dirección del Padre, Jesucristo creó los cielos y la tierra. Él es el Jehová del Antiguo Testamento y el Mesías del Nuevo Testamento.

1.4. Jesucristo hace la voluntad del Padre en todas las cosas. Llevó una vida sin pecado y expió los pecados de todo el género humano (véase 3 Nefi 11:10–11). Su vida es el ejemplo perfecto de cómo debemos vivir (véase 3 Nefi 12:48). Él fue el primero de los hijos del Padre Celestial en resucitar. En nuestros días, tal como en la antigüedad, Él está a la cabeza de Su Iglesia. Vendrá de nuevo en poder y gloria, y reinará sobre la tierra durante el Milenio (véase D. y C. 29:10–11). Él juzgará a todo el género humano.

1.5. Puesto que Jesucristo es nuestro Salvador y Mediador ante el Padre, toda oración, bendición y ordenanza del sacerdocio debe efectuarse en Su nombre (véase 3 Nefi 18:15, 20–21).

Pasajes de las Escrituras relacionados: Isaías 53:3–5; Lucas 24:36–39; 1 Corintios 15:20–22; Apocalipsis 20:12; Alma 7:11–13; Alma 34:9–10; Helamán 5:12; Moroni 7:45, 47–48; D. y C. 1:30; D. y C. 6:36; D. y C. 18:10–11; D. y C. 19:16–19; D. y C. 76:22–24.

Tema relacionado: La expiación de Jesucristo.

El Espíritu Santo

1.6. El Espíritu Santo es el tercer miembro de la Trinidad; es un personaje de espíritu y no tiene un cuerpo de carne y hueso. A menudo se hace referencia

a Él como el Espíritu, el Santo Espíritu, el Espíritu de Dios, el Espíritu del Señor y el Consolador.

1.7. El Espíritu Santo da testimonio del Padre y del Hijo, revela la verdad de todas las cosas y santifica a quienes se arrepienten y se bautizan. Por medio del poder del Espíritu Santo podemos recibir dones espirituales, que son bendiciones o habilidades que el Señor da para nuestro propio beneficio, y para ayudarnos a servir y bendecir a otras personas.

Pasajes de las Escrituras relacionados: Juan 3:5; 1 Corintios 2:5, 9–11; 2 Nefi 32:3; 2 Nefi 32:8–9; Mosíah 3:19; Mosíah 18:8–10; 3 Nefi 27:20; Moroni 7:45, 47–48; Moroni 10:4–5; D. y C. 8:2–3; D. y C. 130:22–23.

Temas relacionados: Adquirir conocimiento espiritual; Las ordenanzas y los convenios.

2. El Plan de Salvación



2.1. En la existencia preterrenal, el Padre Celestial presentó un plan para permitirnos llegar a ser semejantes a Él y obtener la inmortalidad y la vida eterna (véase Moisés 1:39). Para llevar a cabo ese plan y llegar a ser semejantes a nuestro Padre Celestial, debemos llegar a conocerlo a Él y a Su Hijo Jesucristo, y tener un entendimiento correcto del carácter y los atributos de Ellos (véase Juan 17:3).

2.2. En las Escrituras se hace referencia al plan del Padre Celestial como el Plan de Salvación, el gran plan de felicidad, el plan de redención y el plan de misericordia. Este plan incluye la Creación, la Caída, la expiación de Jesucristo y todas las leyes, ordenanzas y doctrinas del Evangelio. El albedrío moral —la capacidad de escoger y de actuar por nosotros mismos— es también una parte esencial del plan del Padre Celestial. Nuestro progreso eterno depende de cómo utilicemos ese don (véanse Josué 24:15; 2 Nefi 2:27).

2.3. Jesucristo es la figura central en el plan del Padre Celestial. El Plan de Salvación hace posible que nos perfeccionemos, que recibamos una plenitud de gozo, que disfrutemos de nuestros lazos familiares por las eternidades y que vivamos para siempre en la presencia de Dios.

Pasajes de las Escrituras relacionados: Malaquías 4:5–6; 3 Nefi 12:48; D. y C. 131:1–4.

La vida preterrenal

2.4. Antes de nacer en la tierra, vivíamos en la presencia de nuestro Padre Celestial como Sus hijos procreados como espíritus (véase Abraham 3:22–23). En esa existencia preterrenal, participamos en un concilio junto con los demás hijos del Padre Celestial procreados como espíritus. En ese concilio, el Padre Celestial presentó Su plan y Jesucristo hizo convenio en la vida preterrenal de ser el Salvador.

2.5. Nosotros utilizamos nuestro albedrío para seguir el plan del Padre Celestial. A los que siguieron a nuestro Padre Celestial y a Jesucristo se les permitió venir a la tierra para experimentar la condición de seres mortales y progresar hacia la vida eterna. Lucifer, otro hijo de Dios procreado en espíritu, se rebeló contra el plan y llegó a ser Satanás. Él y sus seguidores fueron expulsados del cielo y se les negaron los privilegios de recibir un cuerpo físico y de tener la experiencia de la vida terrenal.

Pasajes de las Escrituras relacionados: Jeremías 1:4–5; Hebreos 12:9; 2 Nefi 2:27; 3 Nefi 11:10–11.

La Creación

2.6. Jesucristo creó los cielos y la tierra bajo la dirección del Padre (véase D. y C. 76:22–24). La creación de la tierra fue una parte esencial del plan de Dios, ya que proporcionó un lugar en el que podríamos obtener un cuerpo físico, ser probados y desarrollar atributos divinos.

2.7. Adán fue el primer hombre creado sobre la tierra. Dios creó a Adán y a Eva a Su propia imagen. Todos los seres humanos, hombres y mujeres, son creados a imagen de Dios (véase Génesis 1:26–27). El ser hombre o el ser mujer es una característica esencial de la identidad y el propósito premortal, mortal y eterno de cada persona.

La Caída

2.8. En el Jardín de Edén, Dios unió a Adán y Eva en matrimonio. Mientras Adán y Eva estaban en el jardín, seguían en la presencia de Dios y podrían haber vivido para siempre. Vivían en inocencia y Dios proveía de lo necesario para sus necesidades.

2.9. Dios dio a Adán y Eva el albedrío mientras se hallaban en el Jardín de Edén. Les mandó que no comiesen del fruto prohibido, el fruto del árbol de la ciencia del bien y el mal. Obedecer ese mandamiento significaba que podrían permanecer en el jardín; sin embargo, Adán y Eva aún no entendían que si permanecían allí, no podrían progresar al no experimentar la oposición en la vida mortal; no podrían conocer el gozo, por no conocer el pesar y el dolor. Además, no podrían tener hijos.

2.10. Satanás tentó a Adán y Eva para que comieran del fruto prohibido y ellos optaron por hacerlo. Debido a esa decisión, fueron expulsados de la presencia de Dios y quedaron en una condición caída y mortal. A la transgresión de Adán y Eva, y a los cambios resultantes que ellos experimentaron, incluso la muerte espiritual y física, se les llama la Caída. La muerte espiritual es estar separados de Dios, y la muerte física es la separación del espíritu y el cuerpo mortal.

2.11. La Caída es una parte esencial del plan de salvación del Padre Celestial. Debido a la Caída, Adán y Eva pudieron tener hijos. Ellos y su posteridad podrían experimentar gozo y pesar, distinguir el bien del mal y progresar (véase 2 Nefi 2:22–25).

2.12. Como descendientes de Adán y Eva, heredamos un estado caído en la vida terrenal; estamos separados de la presencia del Señor y sujetos a la muerte física. También se nos prueba mediante las dificultades de la vida y las tentaciones del adversario. Aunque nosotros no somos responsables de la caída de Adán y Eva, sí somos responsables por nuestros propios pecados. Mediante la expiación de Jesucristo, podemos superar los efectos negativos de la Caída, recibir el perdón de nuestros pecados y, al final, tener una plenitud de gozo.

Pasajes de las Escrituras relacionados: Génesis 1:28; Mosías 3:19; Alma 34:9–10.

Tema relacionado: La expiación de Jesucristo.

La vida terrenal

2.13. La vida terrenal es un tiempo de aprendizaje durante el cual mostramos que usaremos nuestro albedrío para hacer lo que el Señor ha mandado y procuramos cultivar atributos divinos a fin de prepararnos para la vida eterna. Lo hacemos al ejercer la fe en Jesucristo y en Su expiación; arrepentirnos; recibir las ordenanzas y los convenios de salvación, como el bautismo y la confirmación; y al perseverar fielmente hasta el fin de nuestra vida terrenal siguiendo el ejemplo de Jesucristo.

2.14. En la vida terrenal, nuestro espíritu está unido a nuestro cuerpo físico, lo cual nos da oportunidades de crecer y progresar de modos que no eran posibles en la vida preterrenal. Puesto que nuestro Padre Celestial tiene un cuerpo tangible de carne y hueso, nuestro

cuerpo es necesario para progresar y llegar a ser como Él. Nuestro cuerpo es sagrado y debemos respetarlo como un don de nuestro Padre Celestial (véase 1 Corintios 6:19–20).

Pasajes de las Escrituras relacionados: Josué 24:15; Mateo 22:36–39; Juan 14:15; 2 Nefi 2:27; 3 Nefi 12:48; Moroni 7:45, 47–48; D. y C. 130:22–23.

Temas relacionados: La Trinidad; La expiación de Jesucristo; Las ordenanzas y los convenios; Los mandamientos.

La vida después de la muerte

2.15. Cuando morimos, nuestro espíritu entra en el mundo de los espíritus y espera la resurrección. A los espíritus de los justos se les recibe en un estado de felicidad que se llama paraíso. Quienes mueren sin el conocimiento de la verdad y quienes son desobedientes en la vida terrenal entran en un lugar temporal del mundo postmortal que se llama la prisión de los espíritus.

2.16. Todas las personas tendrán la oportunidad de aprender los principios del Evangelio y recibir sus ordenanzas y convenios. Muchos de los fieles predicarán el Evangelio a quienes se encuentran en la prisión espiritual. Quienes escojan recibir el Evangelio, arrepentirse y aceptar las ordenanzas de salvación que se efectúen por ellos en el templo morarán en el paraíso hasta la resurrección (véase 1 Pedro 4:6).

2.17. La resurrección es la reunión del cuerpo espiritual con el cuerpo físico de carne y hueso. Después de la resurrección seremos inmortales; nuestro espíritu y nuestro cuerpo jamás volverán a separarse. Toda persona que haya nacido en la tierra resucitará gracias a que Jesucristo venció la muerte física (véase 1 Corintios 15:20–22). Los justos resucitarán antes que los inicuos y saldrán en la Primera Resurrección.

2.18. El Juicio final ocurrirá después de la resurrección y Jesucristo juzgará a cada persona para determinar la gloria eterna que recibirá. Ese juicio se basará en los deseos de cada persona y su obediencia a los mandamientos de Dios (véase Apocalipsis 20:12).

2.19. Existen tres reinos de gloria: el Reino Celestial, el Reino Terrestre y el Reino Telestial (véase 1 Corintios 15:40–42). Aquellos que sean valientes en el testimonio de Jesús y obedientes a los principios del Evangelio morarán en el Reino Celestial en la presencia de Dios el Padre y de Su Hijo Jesucristo, y con los integrantes rectos de su familia.

Pasajes de las Escrituras relacionados: Lucas 24:36–39; Juan 17:3; D. y C. 131:1–4.

Temas relacionados: La expiación de Jesucristo; Las ordenanzas y los convenios.

3. La expiación de Jesucristo



3.1. Jesucristo fue preordenado en el concilio de la vida preterrenal para ser nuestro Salvador y Redentor. Vino a la tierra y voluntariamente padeció y murió para redimir a todo el género humano de los efectos negativos de la Caída y para pagar por nuestros pecados. A la victoria de Jesucristo sobre la muerte espiritual y la física mediante Su sufrimiento, muerte y resurrección se le llama la Expiación. Su sacrificio nos beneficia a todos y demuestra el valor infinito de cada uno de los hijos del Padre Celestial (véase D. y C. 18:10–11).

3.2. Solo por medio de Jesucristo podemos ser salvos, ya que Él era el único capaz de realizar una expiación infinita y eterna por todo el género humano (véase Alma 34:9–10). Solamente Él tenía el poder para vencer la muerte física. De María, Su madre terrenal, heredó la capacidad de morir; de Dios, Su Padre inmortal, heredó el poder de vivir para siempre o de entregar Su vida y volverla a tomar. Solo Él podía redimirnos de nuestros pecados; puesto que llevó una vida perfecta y sin

pecado, estaba libre de las demandas de la justicia y podía pagar la deuda por quienes se arrepintieran.

3.3. La expiación de Jesucristo incluyó Su padecimiento por los pecados de la humanidad en el Jardín de Getsemaní, el derramamiento de Su sangre, Su sufrimiento y muerte en la cruz, y Su resurrección literal. Él fue el primero en resucitar. Se levantó de la tumba con un cuerpo glorificado e inmortal de carne y hueso (véase Lucas 24:36–39). Debido a Su expiación, todo el género humano resucitará con un cuerpo perfecto e inmortal y será llevado de regreso a la presencia de Dios para ser juzgado. El sacrificio expiatorio de Jesucristo proporcionó el único modo de que seamos limpiados y perdonados por nuestros pecados a fin de poder morar eternamente en la presencia de Dios (véanse Isaías 1:18; D. y C. 19:16–19).

3.4. Como parte de Su expiación, Jesucristo no solo padeció por nuestros pecados, sino que también tomó sobre Sí los dolores y las tentaciones, enfermedades y

dolencias de todo el género humano (véanse Isaías 53:3–5; Alma 7:11–13). Él comprende nuestros padecimientos porque los ha vivido. Al acudir a Él con fe, el Salvador nos fortalecerá para que llevemos nuestras cargas y logremos tareas que no podríamos realizar por nuestra propia cuenta (véase Mateo 11:28–30; Éter 12:27).

3.5. Al pagar el precio de nuestros pecados, Jesucristo no nos eximió de nuestra responsabilidad personal. A fin de aceptar Su sacrificio, ser limpiados de nuestros pecados y heredar la vida eterna, debemos ejercer la fe en Él, arrepentirnos, bautizarnos, recibir el Espíritu Santo y perseverar fielmente hasta el fin de nuestra vida.

Pasajes de las Escrituras relacionados: Juan 3:5; 1 Corintios 15:20–22; Mosíah 3:19; 3 Nefi 11:10–11; 3 Nefi 27:20; D. y C. 76:22–24.

Temas relacionados: La Trinidad; Jesucristo; el Plan de Salvación; la Caída; las ordenanzas y los convenios.

La fe en Jesucristo

3.6. El primer principio del Evangelio es la fe en el Señor Jesucristo. Nuestra fe conduce a la salvación solo cuando está centrada en Jesucristo (véase Helamán 5:12).

3.7. Tener fe en Cristo incluye creer firmemente que Él es el Hijo Unigénito de Dios y el Salvador del mundo. Reconocemos que la única manera en que podemos volver a vivir con nuestro Padre Celestial es confiar en la expiación infinita de Su Hijo, confiar en Jesucristo y seguir Sus enseñanzas. La fe es más que una creencia pasiva; la verdadera fe en Jesucristo lleva a la acción y se expresa mediante la forma en que vivimos (véase Santiago 2:17–18). Nuestra fe aumenta a medida que oramos, estudiamos las Escrituras y obedecemos los mandamientos de Dios.

Pasajes de las Escrituras relacionados: Proverbios 3:5–6; Éter 12:6; D. y C. 6:36.

Tema relacionado: Adquirir conocimiento espiritual.

El arrepentimiento

3.8. La fe en Jesucristo y nuestro amor por Él y el Padre Celestial nos conducen a arrepentirnos. El arrepentimiento es parte del plan del Padre Celestial para todos Sus hijos que sean responsables de sus decisiones. Ese don es posible mediante la expiación de Jesucristo. Es un cambio en la manera de pensar y en el corazón; incluye apartarnos del pecado y tornar nuestros pensamientos, acciones y deseos hacia Dios y someter nuestra voluntad a la de Él (véase Mosíah 3:19).

3.9. El arrepentimiento incluye reconocer nuestros pecados; sentir remordimiento (es decir, tristeza según Dios) por haberlos cometido; confesarlos a nuestro Padre Celestial y, si fuera necesario, a otras personas; abandonar el pecado; procurar restituir hasta donde sea posible todo el daño ocasionado por nuestros pecados; y llevar una vida de obediencia a los mandamientos de Dios (véase D. y C. 58:42–43). El Señor promete perdonar nuestros pecados al bautizarnos, y nosotros renovamos ese convenio cada vez que tomamos la Santa Cena sinceramente y con la intención de recordar al Salvador y guardar Sus mandamientos.

3.10. Por medio del arrepentimiento sincero y la gracia que se ofrece mediante la expiación de Jesucristo podemos recibir el perdón de Dios y sentir paz; sentimos la influencia del Espíritu en mayor abundancia y estamos más preparados para vivir eternamente con nuestro Padre Celestial y Su Hijo.

Pasajes de las Escrituras relacionados: Isaías 1:18; Juan 14:15; 3 Nefi 27:20; D. y C. 19:16–19.

Tema relacionado: Las ordenanzas y los convenios.

4. La Restauración



4.1. Dios ha restaurado Su evangelio en estos últimos días restableciendo Sus verdades, Su autoridad del sacerdocio y Su Iglesia sobre la tierra. Los profetas de la antigüedad predijeron la restauración del Evangelio en los últimos días (véanse Isaías 29:13–14; Hechos 3:19–21).

4.2. La Restauración comenzó en 1820. Dios el Padre y Su Hijo Jesucristo se aparecieron a José Smith en respuesta a su oración, y lo llamaron para que fuera el Profeta de la Restauración (véase José Smith—Historia 1:15–20).

4.3. Dios llamó a José Smith para que fuese un testigo del Cristo Viviente en los últimos días. Como Profeta de la Restauración, José Smith tradujo el Libro de Mormón por el don y el poder de Dios (véase D. y C. 135:3). Junto con la Biblia, el Libro de Mormón testifica de

Jesucristo y contiene la plenitud del Evangelio (véase Ezequiel 37:15–17). El Libro de Mormón también es testigo del llamado profético de José Smith y de la veracidad de la Restauración.

4.4. Como parte de la Restauración, Dios envió mensajeros angelicales para restaurar el Sacerdocio Aarónico y el Sacerdocio de Melquisedec. Luego mandó que Su Iglesia se organizara de nuevo sobre la tierra el 6 de abril de 1830. Dado que fue establecida por Dios mismo, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es “la única iglesia verdadera y viviente sobre la faz de toda la tierra” (D. y C. 1:30).

Pasajes de las Escrituras relacionados: Amós 3:7; Efesios 2:19–20; Efesios 4:11–14; D. y C. 13:1; D. y C. 76:22–24; D. y C. 107:8.

Temas relacionados: La Trinidad; Los profetas y la revelación.

La apostasía

4.5. A causa de la apostasía, se hizo necesaria la restauración de las verdades de Dios, de la autoridad del sacerdocio y de la Iglesia. La apostasía sucede cuando una o más personas se apartan de las verdades del Evangelio.

4.6. Después de la crucifixión del Salvador y de la muerte de Sus Apóstoles, muchas personas se apartaron de las verdades que el Salvador había establecido (véase 2 Tesalonicenses 2:1–3). Los principios del Evangelio y algunas partes de las Sagradas Escrituras se corrompieron o extraviaron. Se hicieron modificaciones no autorizadas en la organización de la Iglesia y en las ordenanzas del sacerdocio. Debido a esa iniquidad generalizada, el Señor quitó de la tierra la autoridad y las llaves del sacerdocio. Aunque había muchas personas buenas y sinceras que adoraban a Dios de acuerdo con la luz que tenían y que recibían respuesta a sus oraciones, el mundo quedó sin la revelación divina que se recibe mediante los profetas vivientes. A ese período se le conoce como la Gran Apostasía.

4.7. También hay otros períodos de apostasía generalizada que han ocurrido a lo largo de la historia del mundo.

Temas relacionados: Los profetas y la revelación; El sacerdocio y las llaves del sacerdocio; Las ordenanzas y los convenios.

Las dispensaciones del Evangelio

4.8. Cuando los hijos de Dios han caído en un estado de apostasía, Él, con amor, les ha tendido una mano al

llamar a profetas y dispensar (proporcionar) de nuevo las bendiciones del Evangelio mediante Sus profetas. Un período en el que el Señor revela Sus verdades, Su autoridad del sacerdocio y Sus ordenanzas se denomina dispensación. Se trata de un período en el que el Señor tiene al menos un siervo autorizado sobre la tierra que posee el santo sacerdocio y que tiene la comisión divina de dispensar (declarar) el Evangelio y administrar sus ordenanzas.

4.9. Las dispensaciones están asociadas con Adán, Enoc, Noé, Abraham, Moisés, Jesucristo y otros profetas. La restauración del Evangelio de los últimos días, la cual el Señor comenzó por medio del profeta José Smith, es parte de ese modelo de dispensaciones.

4.10. En cada dispensación, el Señor y Sus profetas han procurado establecer Sion. Sion se refiere al pueblo del convenio del Señor que son puros de corazón, están unidos en rectitud y se preocupan los unos por los otros (véase Moisés 7:18). Sion también se refiere al lugar donde viven los puros de corazón.

4.11. En la actualidad vivimos en la última dispensación: la dispensación del cumplimiento de los tiempos. Es la única dispensación que no terminará en apostasía. La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, con el tiempo, llenará la tierra y permanecerá para siempre (véase Daniel 2:44).

Temas relacionados: Los profetas y la revelación; El sacerdocio y las llaves del sacerdocio; Las ordenanzas y los convenios.

5. Los profetas y la revelación



5.1. Un profeta es una persona que ha sido llamada por Dios para hablar en Su nombre (véanse Jeremías 1:4–5; Amós 3:7; Juan 15:16; D. y C. 1:37–38). Los profetas testifican de Jesucristo y enseñan Su evangelio; dan a conocer la voluntad y el verdadero carácter de Dios; condenan el pecado, advierten sobre sus consecuencias y nos ayudan a evitar el engaño (véanse Ezequiel 3:16–17; Efesios 4:11–14). En ocasiones, profetizan acerca de acontecimientos futuros. Los profetas pueden cumplir con esas responsabilidades porque reciben autoridad y revelación de Dios.

5.2. La revelación es la comunicación de Dios con Sus hijos. La mayor parte de la revelación llega a través de impresiones, pensamientos y sentimientos que provienen del Espíritu Santo. La revelación también puede recibirse por medio de visiones, sueños y visitas de ángeles.

5.3. Durante Su ministerio terrenal, y nuevamente en nuestra época, el Señor organizó Su Iglesia sobre el fundamento de los profetas y los apóstoles (véase Efesios 2:19–20). El Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es el profeta de Dios para todas las personas de la tierra en la actualidad. Sostenemos al Presidente de la Iglesia como profeta, vidente y revelador, y como la única

persona sobre la tierra que recibe revelación para dirigir toda la Iglesia. Si recibimos y obedecemos con fidelidad las enseñanzas del Presidente de la Iglesia, Dios nos bendecirá para que podamos vencer el engaño y la maldad (véase D. y C. 21:4–6). También sostenemos a los consejeros de la Primera Presidencia y a los miembros del Cuórum de los Doce Apóstoles como profetas, videntes y reveladores.

5.4. Las Escrituras —la Biblia, el Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y La Perla de Gran Precio— contienen revelaciones dadas por medio de profetas de la antigüedad y de los últimos días. Al estudiar las palabras de los profetas, aprendemos la verdad y recibimos guía.

5.5. Aunque Dios da revelación a través de los profetas para guiar a todos Sus hijos, las personas pueden recibir revelación para ayudarlas en sus necesidades, responsabilidades y preguntas específicas, y para fortalecer sus testimonios. Sin embargo, la inspiración personal del Señor nunca contradecirá la revelación que Dios da mediante Sus profetas.

Pasajes de las Escrituras relacionados: Abraham 3:22–23; Mateo 16:15–19; 2 Timoteo 3:15–17; 2 Nefi 32:3; D. y C. 8:2–3; D. y C. 76:22–24.

Temas relacionados: Adquirir conocimiento espiritual; El sacerdocio y las llaves del sacerdocio.

6. El sacerdocio y las llaves del sacerdocio



6.1. El sacerdocio es el poder y la autoridad eternos de Dios. Por medio del sacerdocio, Dios creó y gobierna los cielos y la tierra. Por medio de ese poder Él redime y exalta a Sus hijos. Se confiere el sacerdocio a los miembros varones de la Iglesia que sean dignos. Las bendiciones del sacerdocio están al alcance de todos los hijos de Dios por medio de las ordenanzas y los convenios del Evangelio.

6.2. Las llaves del sacerdocio constituyen el derecho de presidir, es decir, el poder que Dios da al hombre para gobernar y dirigir el Reino de Dios sobre la tierra (véase Mateo 16:15–19). Las llaves del sacerdocio son necesarias para dirigir la predicación del Evangelio y la administración de las ordenanzas de salvación.

6.3. Jesucristo posee todas las llaves del sacerdocio pertenecientes a Su Iglesia y ha conferido sobre cada uno de Sus Apóstoles todas las llaves pertenecientes al Reino de Dios en la tierra. El Presidente de la Iglesia es

la única persona sobre la tierra autorizada a ejercer todas las llaves del sacerdocio. Los presidentes de templo, los presidentes de misión, los presidentes de estaca, los obispos y los presidentes de cuórum también poseen llaves del sacerdocio para presidir y dirigir la obra que se les ha encomendado.

6.4. Todos los que prestan servicio en la Iglesia, tanto hombres como mujeres, son llamados bajo la dirección de alguien que posee llaves del sacerdocio (véase D. y C. 42:11). El élder Dallin H. Oaks, del Cuórum de los Doce Apóstoles, enseñó: “Quienquiera que funcione en un oficio o llamamiento recibido de alguien que posea llaves del sacerdocio, ejerce autoridad del sacerdocio al desempeñar los deberes que se le hayan asignado” (“Las llaves y la autoridad del sacerdocio”, *Liahona*, mayo de 2014, pág. 51). La autoridad del sacerdocio solo se puede ejercer en rectitud (véase D. y C. 121:36, 41–42).

6.5. Quienes son ordenados al Sacerdocio de Melquisedec entran en el juramento y convenio del sacerdocio. Si magnifican su llamamiento y reciben fielmente al Señor y a Sus siervos, obtendrán las bendiciones de la exaltación. A las mujeres también se les prometen las bendiciones de la exaltación conforme sean fieles a los convenios que han hecho con el Señor.

Pasajes de las Escrituras relacionados: Juan 15:16; Efesios 2:19–20.

Temas relacionados: La Restauración; Los profetas y la revelación; Las ordenanzas y los convenios.

Sacerdocio Aarónico

6.6. Al Sacerdocio Aarónico se le suele llamar sacerdocio preparatorio. El Sacerdocio Aarónico “tiene las llaves del ministerio de ángeles, y del evangelio de arrepentimiento, y del bautismo” (D. y C. 13:1). Mediante el ejercicio de este sacerdocio se prepara, bendice y reparte la Santa Cena. Los oficios del Sacerdocio Aarónico son: diácono, maestro, presbítero y obispo.

Sacerdocio de Melquisedec

6.7. El Sacerdocio de Melquisedec es el sacerdocio mayor; “posee el derecho de presidir, y tiene poder y autoridad sobre todos los oficios en la iglesia en todas las edades del mundo, para administrar en las cosas espirituales” (D. y C. 107:8). Todas las bendiciones, las ordenanzas, los convenios y las organizaciones de la Iglesia se administran bajo la autoridad del Presidente de la Iglesia, que es el Presidente del Sacerdocio de Melquisedec. Este sacerdocio le fue conferido a Adán y ha estado en la tierra cada vez que el Señor ha revelado Su evangelio. Los oficios del Sacerdocio de Melquisedec son: élder, sumo sacerdote, patriarca, Setenta y Apóstol.

Pasaje de las Escrituras relacionado: Efesios 4:11–14.

7. Las ordenanzas y los convenios



Ordenanzas

7.1. Una ordenanza es un acto sagrado que se efectúa mediante la autoridad del sacerdocio. Dios dispuso cada ordenanza con el fin de enseñar verdades espirituales, con frecuencia mediante simbolismos.

7.2. Algunas ordenanzas son esenciales para la exaltación y se llaman ordenanzas de salvación. Solamente podemos obtener todas las bendiciones que están a nuestro alcance por medio de la expiación de Jesucristo si recibimos las ordenanzas de salvación y guardamos los convenios asociados con ellas. Sin esas ordenanzas de salvación no podemos llegar a ser como nuestro Padre Celestial ni regresar a vivir eternamente en Su presencia (véase D. y C. 84:20–22). Las ordenanzas de salvación se efectúan bajo la dirección de quienes poseen las llaves del sacerdocio.

7.3. La primera ordenanza de salvación del Evangelio es el bautismo por inmersión en agua, efectuado por alguien que tenga la autoridad. El bautismo es necesario para que una persona sea miembro de la

Iglesia de Jesucristo y para entrar en el Reino Celestial (véase Juan 3:5).

7.4. Después del bautismo, uno o más poseedores del Sacerdocio de Melquisedec confirman a la persona miembro de la Iglesia y confieren sobre ella el don del Espíritu Santo (véase 3 Nefi 27:20). El don del Espíritu Santo no es lo mismo que la influencia del Espíritu Santo. Antes del bautismo, una persona puede sentir la influencia del Espíritu Santo y recibir un testimonio de la verdad. Después de recibir el don del Espíritu Santo, la persona que guarda sus convenios tiene derecho a la compañía constante del Espíritu Santo.

7.5. Entre otras ordenanzas de salvación se hallan la ordenación al Sacerdocio de Melquisedec (para los varones), la investidura del templo y el sellamiento del matrimonio. Esas ordenanzas de salvación también pueden efectuarse de forma vicaria en el templo a favor de personas fallecidas. Las ordenanzas vicarias entran en vigor solo cuando las personas fallecidas las aceptan en el mundo de los espíritus y honran los convenios relacionados con dichas ordenanzas.

7.6. Otras ordenanzas, como participar de la Santa Cena para renovar nuestros convenios bautismales, bendecir a los enfermos, y dar un nombre y una bendición a los niños, también son importantes para nuestro progreso espiritual.

Pasajes de las Escrituras relacionados: Malaquías 4:5–6; Mateo 16:15–19; 1 Pedro 4:6; D. y C. 131:1–4.

Temas relacionados: La Trinidad: El Espíritu Santo; El Plan de Salvación: La vida después de la muerte; La expiación de Jesucristo; El sacerdocio y las llaves del sacerdocio.

Convenios

7.7. Un convenio es un acuerdo sagrado entre Dios y el hombre. Dios establece las condiciones del convenio y nosotros nos comprometemos a hacer lo que Él nos pide. Dios, a Su vez, nos promete ciertas bendiciones por nuestra obediencia (véanse Éxodo 19:5–6; D. y C. 82:10). Si no cumplimos con nuestros convenios, no recibiremos las bendiciones prometidas.

7.8. Todas las ordenanzas de salvación del sacerdocio incluyen convenios. Por ejemplo, hacemos convenios con el Señor por medio del bautismo (véase Mosíah 18:8–10) y los hombres que reciben el Sacerdocio de Melquisedec entran en el juramento y convenio del sacerdocio. Renovamos los convenios que hemos hecho al tomar la Santa Cena.

7.9. Concertamos convenios adicionales cuando recibimos las ordenanzas de salvación de la investidura y el sellamiento del matrimonio en el templo. Nos preparamos para participar en las ordenanzas y hacer convenios en el templo al vivir las normas de dignidad que el Señor ha establecido (véase Salmos 24:3–4). Es esencial que seamos dignos para entrar en el templo, puesto que es literalmente la Casa del Señor; es el lugar más sagrado de todos los sitios de adoración de la tierra.

8. El matrimonio y la familia



8.1. El matrimonio entre el hombre y la mujer es ordenado por Dios, y la familia es fundamental en Su plan de salvación y para nuestra felicidad (véanse Génesis 2:24; D. y C. 49:15–17). El hombre y la mujer solo pueden lograr su potencial divino y eterno al concertar y guardar fielmente el convenio del matrimonio celestial (véanse 1 Corintios 11:11; D. y C. 131: 1–4).

8.2. Dios ha mandado a Sus hijos multiplicarse y henchir la tierra (véase Génesis 1:28). Los sagrados poderes de la procreación han de emplearse solo entre el hombre y la mujer legítimamente casados como esposo y esposa (véanse Génesis 39:9; Alma 39:9). El esposo y la esposa tienen la solemne responsabilidad de amarse y de cuidarse el uno al otro, así como a sus hijos. Los padres deben criar a sus hijos con amor y rectitud, y proveer para sus necesidades físicas y espirituales.

8.3. La felicidad en la vida familiar tiene mayor probabilidad de lograrse cuando se basa en las enseñanzas del Señor Jesucristo. Por designio divino, el padre debe presidir la familia con amor y rectitud, y es responsable de proveer las cosas necesarias de la vida

para su familia. La madre es principalmente responsable del cuidado de sus hijos. En estas sagradas responsabilidades, el padre y la madre, como compañeros iguales, están obligados a ayudarse el uno al otro.

8.4. El divino plan de felicidad permite que las relaciones familiares se perpetúen más allá del sepulcro. Se ha creado la tierra y se ha revelado el Evangelio a fin de que se puedan formar familias, y de que estas puedan sellarse y ser exaltadas por la eternidad. Por medio de la historia familiar y del servicio en el templo podemos brindar las ordenanzas y los convenios del Evangelio a nuestros antepasados (véase Malaquías 4:5–6).

(Adaptado de , *Liahona*, noviembre de 2010, pág. 129).

Pasajes de las Escrituras relacionados: Moisés 1:39; Génesis 1:26–27; Éxodo 20:3–17; Mateo 16:15–19; Juan 17:3; 1 Corintios 6:19–20; 2 Nefi 2:22–25; Mosíah 2:41; Alma 41:10; D. y C. 84:20–22.

Temas relacionados: El Plan de Salvación; Los mandamientos.

9. Los mandamientos



9.1. Los mandamientos son las leyes y los requisitos que Dios nos da para ayudarnos a progresar y llegar a ser semejantes a Él. Los mandamientos son una manifestación del amor que Dios nos tiene y nosotros demostramos nuestro amor a Él cuando cumplimos Sus mandamientos (véase Juan 14:15). Guardar los mandamientos siempre traerá dicha y las bendiciones del Señor (véanse Mosíah 2:41; Alma 41:10). Dios no nos dará un mandamiento sin prepararnos la vía para que lo obedezcamos (véase 1 Nefi 3:7).

9.2. Los dos mandamientos más grandes y básicos son: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma y con toda tu mente... y... Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (véase Mateo 22:36–39). Podemos amar y servir a Dios al elegir amar y servir a los demás (véanse Mosíah 2:17; Moroni 7:45, 47–48).

9.3. Uno de los primeros mandamientos dados al hombre fue santificar el día de reposo. Dios manda a Sus hijos que lo honren y hagan Su voluntad en vez de la propia en el día de reposo, y promete grandes bendiciones a quienes santifiquen Su día (véase Isaías 58:13–14).

9.4. Los Diez Mandamientos son una parte esencial del Evangelio y son principios eternos necesarios para nuestra exaltación (véase Éxodo 20:3–17). El Señor los reveló a Moisés en la antigüedad y los ha repetido en las revelaciones de los últimos días.

9.5. Los mandamientos de Dios comprenden orar a diario, estudiar la palabra de Dios, arrepentirse, obedecer la ley de castidad, pagar un diezmo íntegro (véase Malaquías 3:8–10), ayunar (véase Isaías 58:6–7), perdonar a los demás (véase D. y C. 64:9–11), guardar la Palabra de Sabiduría (véase D. y C. 89:18–21) y enseñar el Evangelio a otras personas (véanse Mateo 5:14–16; D. y C. 18:15–16).

Pasajes de las Escrituras relacionados: Génesis 39:9; 2 Timoteo 3:15–17; Santiago 1:5–6; 2 Nefi 32:3; 2 Nefi 32:8–9; Mosíah 18:8–10; Alma 39:9; 3 Nefi 18:15, 20–21; D. y C. 58:42–43; D. y C. 82:10.

Temas relacionados: Adquirir conocimiento espiritual; La expiación de Jesucristo: El arrepentimiento; Las ordenanzas y los convenios.

Pasajes del Dominio de la doctrina

Pasajes del Dominio de la doctrina por tema y por curso

La siguiente es una lista de los cien pasajes del Dominio de la doctrina organizados por tema y por curso:

Tema	Antiguo Testamento	Nuevo Testamento	Libro de Mormón	Doctrina y Convenios e Historia de la Iglesia
Adquirir conocimiento espiritual	Proverbios 3:5–6 Isaías 5:20	Juan 7:17 1 Corintios 2:5, 9–11 2 Timoteo 3:15–17 Santiago 1:5–6	2 Nefi 28:30 2 Nefi 32:3 2 Nefi 32:8–9 Mosiah 4:9 Éter 12:6 Moroni 10:4–5	D. y C. 6:36 D. y C. 8:2–3 D. y C. 88:118
1. La Trinidad		Hebreos 12:9	2 Nefi 26:33 3 Nefi 11:10–11 3 Nefi 12:48. 3 Nefi 18:15, 20–21	D. y C. 29:10–11 D. y C. 130:22–23
2. El Plan de Salvación	Moisés 1:39 Abraham 3:22–23 Génesis 1:26–27 Josué 24:15	Juan 17:3 1 Corintios 6:19–20 1 Corintios 15:20–22 1 Corintios 15:40–42 1 Pedro 4:6 Apocalipsis 20:12	2 Nefi 2:22–25 2 Nefi 2:27	D. y C. 76:22–24
3. La expiación de Jesucristo	Isaías 1:18 Isaías 53:3–5	Mateo 11:28–30 Lucas 24:36–39 Santiago 2:17–18	Mosiah 3:19 Alma 7:11–13 Alma 34:9–10 Helamán 5:12 Éter 12:27	D. y C. 18:10–11 D. y C. 19:16–19 D. y C. 58:42–43
4. La Restauración	Moisés 7:18 Isaías 29:13–14 Ezequiel 37:15–17 Daniel 2:44	Hechos 3:19–21 2 Tesalonicenses 2:1–3		José Smith — Historia 1:15–20 D. y C. 1:30 D. y C. 135:3
5. Los profetas y la revelación	Jeremías 1:4–5 Ezequiel 3:16–17 Amós 3:7	Juan 15:16 Efesios 2:19–20 Efesios 4:11–14		D. y C. 1:37–38 D. y C. 21:4–6
6. El sacerdocio y las llaves del sacerdocio		Mateo 16:15–19		D. y C. 13:1 D. y C. 42:11 D. y C. 107:8 D. y C. 121:36; 100:41–42
7. Las ordenanzas y los convenios	Éxodo 19:5–6 Salmos 24:3–4	Juan 3:5	Mosiah 18:8–10 3 Nefi 27:20	D. y C. 82:10 D. y C. 84:20–22
8. El matrimonio y la familia	Génesis 1:28 Génesis 2:24 Génesis 39:9 Malaquías 4:5–6	1 Corintios 11:11	Alma 39:9	D. y C. 49:15–17 D. y C. 131:1–4
9. Los mandamientos	Éxodo 20:3–17 Isaías 58:6–7 Isaías 58:13–14 Malaquías 3:8–10	Mateo 5:14–16 Mateo 22:36–39 Juan 14:15	1 Nefi 3:7 Mosiah 2:17 Mosiah 2:41 Alma 41:10 Moroni 7:45, 47–48	D. y C. 18:15–16 D. y C. 64:9–11 D. y C. 89:18–21

Pasajes del Dominio de la doctrina y frases clave

La siguiente es una lista de los cien pasajes del Dominio de la doctrina junto con un breve resumen de cada pasaje.

Adquirir conocimiento espiritual

Proverbios 3:5—6. Confía en Jehová con todo tu corazón... y él enderezará tus veredas.

Isaías 5:20. Ay de los que a lo malo llaman bueno, y a lo bueno, malo.

Juan 7:17. Hacer la voluntad de Dios para conocer Su doctrina.

1 Corintios 2:5, 9–11. Solamente podemos conocer las cosas de Dios por medio del Espíritu.

2 Timoteo 3:15–17. Las Escrituras te pueden hacer sabio para la salvación.

Santiago 1:5—6. Si tienes falta de sabiduría, pídelo a Dios.

2 Nefi 28:30. Dios da conocimiento línea por línea.

2 Nefi 32:3. Si nos deleitamos en las palabras de Cristo, podemos saber todas las cosas que debemos hacer.

2 Nefi 32:8–9. Si oramos siempre, Dios consagrará nuestra acción para el beneficio de nuestras almas.

Mosías 4:9. Creer en Dios y que Él tiene toda sabiduría.

Éter 12:6 El testimonio se obtiene después de la prueba de la fe.

Moroni 10:4–5. El Espíritu Santo revela la verdad a quienes preguntan a Dios con verdadera intención.

D. y C. 6:36. Eleva todo pensamiento hacia Cristo.

D. y C. 8:2–3. El Espíritu Santo habla a nuestra mente y nuestro corazón.

D. y C. 88:118. Buscar conocimiento por el estudio y por la fe.

Temas doctrinales

1. La Trinidad

Hebreos 12:9. Dios es el Padre de nuestros espíritus.

2 Nefi 26:33. Todos son iguales ante Dios.

3 Nefi 11:10–11. Jesucristo se sometió a la voluntad del Padre en todas las cosas.

3 Nefi 12:48. Jesucristo nos invita a llegar a ser perfectos.

3 Nefi 18:15, 20–21. Velar y orar siempre en el nombre de Jesucristo.

D. y C. 29:10–11. Cristo vendrá otra vez con poder y gloria.

D. y C. 130:22–23. El Padre y el Hijo tienen cuerpos de carne y hueso.

2. El Plan de Salvación

Moisés 1:39. La obra y gloria de Dios es llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre.

Abraham 3:22–23. Abraham fue escogido antes de nacer.

Génesis 1:26–27. Dios creó al hombre a Su propia imagen.

Josué 24:15. Escogeos hoy a quién sirváis.

Juan 17:3. La vida eterna es conocer a Dios y a Jesucristo.

1 Corintios 6:19–20. Tu cuerpo es un templo.

1 Corintios 15:20–22. En Cristo todos serán resucitados.

1 Corintios 15:40–42. Existen tres grados de gloria en la resurrección.

1 Pedro 4:6. El Evangelio se predica a los muertos.

Apocalipsis 20:12. Cada persona comparecerá ante Dios para ser juzgada.

2 Nefi 2:22–25. Adán cayó para que los hombres existiesen.

2 Nefi 2:27. Somos libres de escoger.

D. y C. 76:22–24. Jesucristo vive y es el Creador de mundos.

3. La expiación de Jesucristo

Isaías 1:18. Si nos arrepentimos, nuestros pecados serán emblanquecidos como la nieve.

Isaías 53:3–5. Jesucristo Soportó nuestras enfermedades y sufrió por nuestros pecados.

Mateo 11:28–30. Si venimos a Cristo, Él aliviará nuestras cargas y nos hará descansar.

Lucas 24:36–39. Jesucristo resucitó con un cuerpo de carne y hueso.

Santiago 2:17–18. La fe sin obras es muerta.

Mosiah 3:19. Despojarse del hombre natural y hacerse santo por medio de la Expiación.

Alma 7:11–13. Jesucristo experimentó nuestros dolores y venció el pecado y la muerte.

Alma 34:9–10. Debe efectuarse una Expiación.

Helamán 5:12. Establece tu fundamento sobre Cristo.

Éter 12:27. El Salvador puede hacer que las cosas débiles sean fuertes.

D. y C. 18:10–11. El valor de las almas es grande.

D. y C. 19:16–19. El Salvador sufrió por nuestros pecados para que pudiéramos arrepentirnos.

D. y C. 58:42–43. Para arrepentirnos, debemos confesar y abandonar nuestros pecados.

4. La Restauración

Moisés 7:18. Sion: un corazón y una mente en rectitud.

Isaías 29:13–14. La Restauración es una obra maravillosa y un prodigio.

Ezequiel 37:15–17. La Biblia y el Libro de Mormón están entrelazados.

Daniel 2:44. El Reino de Dios permanecerá para siempre.

Hechos 3:19–21. Pedro profetizó acerca de la Restauración.

2 Tesalonicenses 2:1–3. La Apostasía fue predicha.

José Smith — Historia 1:15–20. En la Primera Visión, Dios llamó a José Smith a ser un profeta.

D. y C. 1:30. La única iglesia verdadera y viviente.

D. y C. 135:3. José Smith trabajó para nuestra salvación.

5. Los profetas y la revelación

Jeremías 1:4–5. Jeremías fue preordenado para ser profeta.

Ezequiel 3:16–17. Los atalayas del Señor amonestan en nombre de Él.

Amós 3:7. Dios revela Su secreto a Sus profetas.

Juan 15:16. El Señor elige y ordena a los apóstoles y profetas.

Efesios 2:19–20. La Iglesia del Señor está fundada sobre apóstoles y profetas.

Efesios 4:11–14. Los apóstoles y los profetas ayudan a perfeccionar a los santos.

D. y C. 1:37–38. La voz del Señor y la de Sus siervos es la misma.

D. y C. 21:4–6. Si recibimos la palabra del profeta con fe y paciencia, Dios dispersará los poderes de las tinieblas.

6. El sacerdocio y las llaves del sacerdocio

Mateo 16:15–19. Jesús prometió edificar Su Iglesia y conferir las llaves del Reino.

D. y C. 13:1. Las llaves del Sacerdocio Aarónico.

D. y C. 42:11. Los representantes del Señor deben ser llamados por alguien que tenga autoridad.

D. y C. 107:8. La autoridad del Sacerdocio de Melquisedec.

D. y C. 121:36, 41–42. El poder del sacerdocio depende de la rectitud de la persona.

7. Las ordenanzas y los convenios

Éxodo 19:5–6. Guardad mi convenio y me seréis un pueblo santo.

Salmos 24:3–4. Para ser dignos de permanecer en la presencia del Señor, debemos ser limpios de manos y puros de corazón.

Juan 3:5. Debemos nacer de agua y del Espíritu para entrar en el Reino de Dios.

Mosiah 18:8–10. Por medio del bautismo concertamos un convenio con Dios.

3 Nefi 27:20. Ser bautizados y santificados por la recepción del Espíritu Santo.

D. y C. 82:10. El Señor está obligado cuando hacemos lo que Él nos dice.

D. y C. 84:20–22. El poder de Dios se manifiesta en las ordenanzas del sacerdocio.

8. El matrimonio y la familia

Génesis 1:28. Multiplicaos; y henchid la tierra.

Génesis 2:24. El esposo y la esposa deben ser uno.

Génesis 39:9. José resistió la tentación.

Malaquías 4:5–6. Elías el Profeta hará volver el corazón de los padres y de los hijos.

1 Corintios 11:11. Solo juntos pueden un hombre y una mujer cumplir el plan del Señor.

Alma 39:9. No te dejes llevar más por las concupiscencias de tus ojos.

D. y C. 49:15–17. El matrimonio entre el hombre y la mujer fue decretado por Dios.

D. y C. 131:1–4. El nuevo y sempiterno convenio del matrimonio.

9. Los mandamientos

Éxodo 20:3–17. Dios reveló los Diez Mandamientos.

Isaías 58:6–7. El ayuno ayuda a desatar las ligaduras de la maldad, soltar las cargas de opresión y proveer para los pobres.

Isaías 58:13–14. El día de reposo es el día santo del Señor.

Malaquías 3:8–10. El pago del diezmo trae bendiciones.

Mateo 5:14–16. Así alumbre vuestra luz como un ejemplo a los demás.

Mateo 22:36–39. Ama al Señor; ama a tu prójimo.

Juan 14:15. Si me amáis, guardad mis mandamientos.

1 Nefi 3:7. El Señor prepara el camino para que obedezcamos Sus mandamientos.

Mosiah 2:17. Al servir a los demás, servimos a Dios.

Mosiah 2:41. La obediencia nos brinda bendiciones y felicidad.

Alma 41:10). La maldad nunca fue felicidad.

Moroni 7:45, 47–48. La caridad es el amor puro de Cristo.

D. y C. 18:15–16. Gozo al traer almas a Jesucristo.

D. y C. 64:9–11. Se nos requiere perdonar a todas las personas.

D. y C. 89:18–21. Las bendiciones de la Palabra de Sabiduría.



SEMINARIOS E INSTITUTOS DE RELIGIÓN

LA IGLESIA DE
JESUCRISTO
DE LOS SANTOS
DE LOS ÚLTIMOS DÍAS

SPANISH

